

XXVI Universitat d'Estiu d'Andorra

Del 24 al 28 d'agost del 2009

Juan Díez Nicolás, "Valores, sistemas económicos, migración y confrontación de culturas", en *Annals XXVI Universitat d'Estiu d'Andorra, El Món: Un mosaic de cultures. Divergències o valors comuns*, Govern d'Andorra, Andorra, 2010, pp. 116-155.

El món. Un mosaic de cultures. Divergències o valors comuns?

ANNALS

*Els textos són publicats seguint l'ordre i l'idioma en què foren pronunciats.
La Sra. Hanan Kassab-Hassan no ha lliurat el text de la seva conferència.*

© Govern d'Andorra
Ministeri d'Educació i Cultura
Universitat d'Estiu d'Andorra

Coordinació: Maria Àngels Ruf Riba

1a edició:
ISBN: 978-99920-0-582-8
Dipòsit legal: AND - 1.067 - 2010
Disseny de la coberta: A-Tracció-A
Fotografies conferenciants: Montserrat Altimiras
Impressió i maquetat: Impremta Envalira

Índex

Presentació	5
Discurs d'obertura.....	7
Oriente y Occidente como espacios mentales <i>Juan Goytisolo, president</i>	11
Islam et Occident : définitions contrastées <i>Gilles Kepel</i>	23
Médias, géopolitique et perceptions culturelles. La liberté sinon rien <i>Jean-Paul Marthoz</i>	39
Al Qaeda's Existential Crisis <i>Fawaz A. Gerges</i>	63
The Meanings of <i>Jihad</i> <i>Fred Halliday</i>	75
Religion et géopolitique : une relation perverse <i>Georges Corm</i>	95
Valores, sistemas económicos, migración y confrontación de culturas <i>Juan Díez Nicolás</i>	117
Conclusion <i>Chérif Khaznadar</i>	157
Algunes publicacions dels conferenciants	163



Valores, sistemas económicos, migración y confrontación de culturas

Juan Díez Nicolás

Catedràtic de Sociologia de la Universitat Complutense de Madrid. President d'Anàlisis Sociològiques, Econòmiques i Polítiques, SA (ASEP), acadèmic de l'Acadèmia Europea de Ciències i de les Arts. Membre del *Comité des Sages* per al *Diálogo entre los Pueblos y Culturas del Mediterráneo*. També participa en els grups de recerca internacionals següents: World Values Survey, International Social Survey Program (ISSP) i Comparative Study of Electoral Systems.

Divendres 28 d'agost

Los Sistemas de Valores

Los sistemas de valores no surgen ni existen por casualidad, su origen es perfectamente trazable como respuestas instrumentales que las poblaciones humanas «producen» para intentar lograr la mejor adaptación posible a su medio ambiente, es decir, a las circunstancias —naturales y sociales— en que se desenvuelve dicha población humana, es decir, en un espacio y un tiempo específicos. Espacio y tiempo son las dos dimensiones en que hay que analizar cualquier hecho social.

La teoría del ecosistema social proporciona una explicación más que plausible de cómo surgen los sistemas de valores en cada sociedad. Así, de acuerdo con la teoría del ecosistema social, tal y como fue formulada por Hawley y Duncan entre otros (Hawley, 1950, 1966, 1986; Duncan y Schnore, 1959; Duncan, 1964; Díez-Nicolás, 1982 y 2004), los sistemas de valores y las actitudes sociales constituyen respuestas colectivas que las sociedades humanas generan en condiciones específicas —constreñimientos y facilidades— presentes en su entorno, y por lo tanto intentan ser respuestas adaptativas a dichas condiciones, lo que las confiere un valor instrumental. Que esas respuestas sean o no las más idóneas para lograr la mejor adaptación posible no es la cuestión relevante aquí, lo importante es que la población produce cada respuesta concreta creyendo que es la más adecuada.

Las poblaciones humanas, como todas las poblaciones de seres vivos —plantas y animales—, tienen que sobrevivir mediante los recursos que encuentran en el entorno. Los primeros seres humanos tuvieron que sobrevivir con los recursos que encontraban en un entorno físico-natural muy limitado, muy próximo, debido a su escasa capacidad para desplazarse —solo podían hacerlo andando. Su adaptación al medio era muy similar a la de los demás

seres vivos, casi mecánica. Pero, en realidad, la adaptación humana a su entorno solo era similar, pero no igual, a la de los demás seres vivos, pues su adaptación ha sido siempre «cultural». El ser humano es el único ser vivo capaz de crear, almacenar y transmitir cultura —en su sentido antropológico más amplio, como conjunto de utensilios, pautas de comportamiento individual y colectivo, formas de organización, etc.—, y por tanto el único capaz de incrementarla tanto en extensión como en intensidad.

A efectos analíticos podemos diferenciar la cultura material (tecnología) de la cultura no-material —la gran variedad de organizaciones sociales, incluyendo los sistemas de valores y creencias. Los sistemas de valores, como todos los elementos de la cultura, material o no, son instrumentales, en la medida en que pretenden ayudar a lograr la mejor adaptación posible en cada situación concreta —es decir, una población con un volumen y unas características concretas, en un entorno físico-natural en el que pueden encontrarse ciertos recursos de sustento concretos, con un nivel específico de desarrollo tecnológico, y con una variedad de estructuras organizativas, familiares, económicas, políticas y sociales determinadas, y con un sistema de valores concreto.

Las plantas y los animales sobreviven en su entorno mediante respuestas más o menos mecánicas transmitidas genéticamente, pero los seres humanos son los únicos que lo hacen a través de una cultura material (tecnología), y a través de una cultura no-material —muy diversas organizaciones sociales, sistemas de valores y de creencias—, que asimismo son diferentes en distintos lugares de la tierra, y que suelen cambiar a lo largo del tiempo. La tecnología, las formas de organización social, los sistemas de valores y de creencias, las ideologías, son todas ellas instrumentales y contingentes, y los seres humanos las utilizan o las abandonan en la medida en que creen que les son útiles para mejor sobrevivir en su medio ambiente —natural y social—, es decir, con los recursos —materiales y no-materiales— a los que pueden tener acceso. Las poblaciones humanas han utilizado desde siempre la cultura material y la no-material para maximizar su acceso a los recursos, razón por la cual las formas más elementales de organización social tuvieron como objetivo la producción de recursos y su distribución a todos los individuos miembros de la población, y adicionalmente el

control y coordinación de esas actividades de producción y distribución de recursos, así como el reclutamiento de nuevos miembros para asegurar la supervivencia de la población.

Cada uno de los cuatro elementos del ecosistema social interactúa con los otros, de manera que los cambios en cada uno de ellos provocan cambios en cada uno de los otros tres, y a su vez cada uno de ellos cambia como consecuencia de los cambios que se operan en los otros. En cada situación y momento del tiempo concretos se podrá reconocer un cierto equilibrio entre los cuatro elementos del ecosistema social, un equilibrio siempre inestable porque el ajuste entre los cuatro elementos del ecosistema es siempre imperfecto, dando lugar a fricciones y conflictos que provocan cambios en cualquiera de ellos, que a su vez afectarán en mayor o menor medida a los otros tres (Díez Nicolás 1988).

No obstante, los cambios en la tecnología, y de manera especial los cambios en la tecnología de los transportes y las comunicaciones, parecen haber constituido el principal factor a través del cual se ha introducido el cambio en el ecosistema social. En efecto, los cambios en la tecnología de los transportes y comunicaciones implican una ampliación del medio ambiente, y por tanto de la accesibilidad a mayores recursos. La ampliación del medio ambiente ha permitido, a lo largo de la Historia, el crecimiento de la población, y el crecimiento de la población ha permitido una creciente elaboración de las formas de organización social para lograr mayores niveles de especialización —como consecuencia del mayor número de individuos—, tanto en extensión —número de funciones diferentes— como en intensidad —grado de perfeccionamiento y profundización con que se realiza cada una de ellas.

Los ecosistemas sociales, en cuanto que comunidades ecológicas, tienden por naturaleza a la expansión creciente. Tomando en consideración la importancia decisiva de la accesibilidad al sustento, no resulta extraño comprobar que la expansión hacia una comunidad global-mundial interdependiente se está produciendo antes en las estructuras económicas que en otras formas de organización social —pues en eso consiste la tan citada globalización. En realidad, la interdependencia económica conduce a la interdependencia en cualquier otro aspecto de la organización social, pero ello requiere tiempo.

Los sistemas de valores surgen igualmente de esa interacción entre las poblaciones humanas y su medio ambiente, constituyen respuestas instrumentales de adaptación, forman parte de la cultura no-material, y por tanto son a la vez causa y consecuencia de los cambios en los otros factores del ecosistema. Así, los sistemas de valores cambian cuando cambian las estructuras y sistemas económicos o políticos, cuando cambia la tecnología, cuando cambian los recursos accesibles y el uso del medio ambiente, e incluso cuando cambia el volumen y la estructura de la población, pero los sistemas de valores producen igualmente cambios en el volumen y estructura de la población, en el acceso a los recursos y en el uso del medio ambiente, en el establecimiento de obstáculos o incentivos para el desarrollo tecnológico, y en el cambio de las estructuras económicas, políticas, familiares, etc.

Un intento de explicación del cambio de valores: la teoría del post-materialismo

La explicación del cambio en el sistema de valores desarrollada por Inglehart a partir de su primer artículo sobre la «revolución silenciosa» (Inglehart 1971) sería compatible con este otro esquema teórico del ecosistema, puesto que acepta la existencia de una fuerte interrelación entre los sistemas de valores y los sistemas económicos y políticos. Pero, el esquema teórico de Inglehart parece más apropiado para la descripción que para la explicación del cambio producido en las sociedades actuales. En efecto, desde la perspectiva del post-materialismo, el sistema de valores cambia porque las nuevas generaciones surgidas después de la II Guerra Mundial y en los países más desarrollados se encontraron en unas situaciones de mayor seguridad económica y personal. El proceso de modernización exigió la sustitución de un sistema de valores religiosos tradicionales por otro sistema más moderno que ponía un gran énfasis en el mérito, en el logro individual y colectivo, así como una progresiva sustitución de la autoridad tradicional por otro tipo de autoridad más racional. Los nuevos valores que acompañaron al proceso de modernización que provocó la industrialización fueron los de la «motivación de logro», el mérito individual, frente a la resignación o la humildad que habían defendido hasta entonces los antiguos sistemas de valores religiosos tradicionales. Para Max Weber,

precisamente, un sistema de valores nuevo, la ética protestante, explica la aparición de un nuevo sistema económico, el capitalismo industrial. Pero cabe preguntarse, ¿qué es lo que provocó que, a partir de un cierto momento en el proceso de industrialización-modernización, ciertas sociedades —y ciertos grupos sociales dentro de cada sociedad— comenzasen a poner de manifiesto un cierto desencanto con el énfasis en el crecimiento económico para sustituirlo por un énfasis en la protección y conservación del medio ambiente? ¿Por qué ese cambio de valores cuando los anteriores habían sido tan «funcionales» para lograr unos niveles y estilos de vida hasta entonces desconocidos?

Las hipótesis de Inglehart han sido objeto de análisis y discusiones académicas plasmadas en varios miles de artículos y libros en todo el mundo, y el propio Inglehart así como muchos otros investigadores han ido haciendo aportaciones y modificaciones, si bien la hipótesis fundamental se ha mantenido hasta ahora (Inglehart 1977, 1990, 1997, 2004, Inglehart y Welzel 2005). De acuerdo con esta hipótesis, los sistemas de valores de las sociedades cambian en dos ejes principales, en el primero de ellos desde unos valores de escasez o supervivencia típicos de sociedades poco desarrolladas económicamente en las que la seguridad económica y personal no estaba garantizada para la mayor parte de los individuos, hasta unos valores de auto-expresión característicos de sociedades económicamente más desarrolladas capaces de proporcionar a la gran mayoría de los individuos una razonable seguridad económica y personal. Según el segundo eje de cambio, las sociedades pasan, siguiendo a Max Weber, desde un sistema de valores tradicionales a otro sistema de valores secular-racionales.

Pero tanto Inglehart como la mayoría de los investigadores se han centrado más en el primer eje de cambio, medido a través de una escala de doce ítems en la que seis miden la orientación materialista —valores de escasez o supervivencia, como por ejemplo, el mayor énfasis en la importancia de la seguridad económica y personal, la mayor valoración de los hombres que de las mujeres, la mayor importancia atribuida al salario y a la seguridad en el empleo, el rechazo a los extranjeros, la menor satisfacción con la vida en general, la baja implicación política, el rechazo a la homosexualidad, o la mayor prioridad asignada al crecimiento económico

que a la protección del medio ambiente, etc.—, y otros seis ítems miden la orientación post-materialista —valores de auto-expresión, como la mayor prioridad a la conservación del medio ambiente que al desarrollo económico, el individualismo, la igualdad entre hombres y mujeres, la mayor preocupación por la estética y la calidad, la mayor importancia atribuida a las posibilidades de relación y auto-realización en el trabajo, o la mayor implicación política, etc. (Díez Nicolás 2000).

Pocas teorías sociológicas han dispuesto de una base de datos tan amplia como la que han proporcionado las encuestas sobre valores¹. Por fortuna, la gran coincidencia en las preguntas incluidas en los respectivos cuestionarios, entre oleadas y entre estudios, ha permitido construir un fichero agregado con todas las investigaciones realizadas. Hasta la fecha se dispone de datos para casi un centenar de países, con un total de 240 encuestas (ficheros de datos), que proporcionan un total de 325.937 entrevistas. Ningún otro proyecto internacional en ciencias sociales permite la comparación de tantos países a lo largo de ya más de veinte años, países que difieren extraordinariamente en sus niveles de desarrollo social, económico y político, así como en sus sistemas culturales incluyendo la religión. Pocas teorías sociológicas o políticas han podido aspirar a tal nivel de generalización en el espacio y en el tiempo sobre la base de evidencia empírica, produciendo un volumen tan amplio de publicaciones en todo el mundo, debido al gran número de investigadores que tratan de validar o refutar las principales hipótesis que emanan de su marco teórico.

Las hipótesis originarias principales, sin embargo, han sido verificadas una y otra vez por diversos autores y para diferentes países, incluida España tanto si se toman las sociedades o los individuos como unidades de análisis (Díez Nicolás 1995; del Pino y Bericat 1998; Andrés Orizo y Elzo 2000;

1. La primera investigación fue desarrollada por el Estudio Europeo de Valores (EVS) en 1981, que incluyó alrededor de 20 países, algunos de ellos no-europeos, y en 1990 se llevaron a cabo la segunda investigación del EVS y la primera de la Encuesta Mundial de Valores (WVS), si bien los cuestionarios de una y otra investigación tenían más de un 80% de preguntas iguales, para facilitar la comparación. En 1995 la WVS realizó su segunda investigación, y en 1999 y 2000 se llevaron a cabo las terceras investigaciones del EVS y de la WVS respectivamente. Y ahora, la WVS ha realizado su cuarta oleada, 2005-2007 y se encuentra preparando la siguiente (2010), mientras que el EVS ha concluido su cuarta oleada en 2008. Los datos de todas las investigaciones de valores hasta la oleada WVS 2005-07 pueden consultarse en el Banco de Datos ASEP/JDS, que es el archivo oficial del WVS (www.jdsurvey.net), y en las web de WVS (www.worldvaluessurvey.org) y de EVS (<http://www.europeanvalues.nl/index2.htm>).

Halman 2001; Arts y Halman 2004; Halman y otros 2005). Así, por ejemplo, se ha verificado ampliamente la relación positiva entre los valores post-materialistas y el nivel de desarrollo económico (Díez Nicolás 1994), el grado de democracia o las actitudes democráticas, la igualdad entre hombres y mujeres, la preferencia por la protección del medio ambiente frente al desarrollo económico, la preferencia por la economía de libre mercado frente a la economía planificada desde el Estado, o la relación negativa entre los valores post-materialistas y la práctica religiosa, la exclusión social, el autoritarismo, etc. Por otra parte, se ha verificado también ampliamente que el cambio de valores, que en las sociedades post-industriales se ha manifestado de manera significativa a partir de la Segunda Guerra Mundial, como consecuencia de la generalización del consumo de masas y del Estado de Bienestar, es sobre todo un cambio generacional, pues las generaciones más jóvenes han sido socializadas en ese nuevo contexto social de mayor seguridad económica y personal, mientras que las generaciones mayores fueron socializadas en contextos sociales de mayor escasez y menor seguridad. Se ha verificado también ampliamente la hipótesis de que el cambio de valores se produce antes entre las sociedades y grupos sociales que antes han alcanzado esos niveles de mayor seguridad económica y personal, lo que explica que sean los países más desarrollados, post-industriales, así como las personas de más alto status socio-económico o posición social, los que antes y en mayor medida exhiben los nuevos valores post-materialistas o de auto-expresión.

Se han producido también críticas y modificaciones complementarias a la teoría expuesta por Inglehart, algunas relativas a la utilización de los países como unidades de análisis —por el peligro de la denominada «falacia ecológica»—, o a la hipótesis de que el cambio de las sociedades en los dos ejes citados es un cambio lineal. De hecho, el propio Inglehart ha sugerido que no todas las sociedades se mueven al mismo ritmo, de manera que los Estados Unidos, por ejemplo, han avanzado mucho más en sus valores post-materialistas o de auto-expresión que en los secular-rationales, debido a la persistencia en esa sociedad de valores religiosos tradicionales. Por el contrario, las sociedades ex-comunistas han avanzado mucho menos en los valores post-materialistas y de auto-expresión —debido a su menor desarrollo económico— que en los secular-rationales —precisamente por su alto grado de secularización y rechazo de la religión y de la familia tradicional durante

varias décadas. Asimismo, el propio Inglehart ha observado que el cambio no ha estado exento de «vueltas atrás», como ha sucedido en general en los países ex-comunistas y en algunos países menos desarrollados.

Es cierto que, hasta el año 2000, todos los datos disponibles permitían observar, con muy escasas excepciones, que todos los países, desde diferentes niveles en los dos ejes citados, seguían la pauta de cambio hacia una generalización cada vez más amplia de los nuevos valores post-materialistas y de auto-expresión, aunque hubiese más excepciones respecto al cambio en el segundo eje, hacia los nuevos valores secular-rationales. Pero los datos más recientes procedentes de la oleada 2005 del WVS sugieren un retorno hacia valores menos post-materialistas, más preocupados nuevamente por la seguridad económica y personal, precisamente en los países más desarrollados (Díez Nicolás 2007d). La evidencia proporcionada por países altamente desarrollados como Estados Unidos, Japón, Países Bajos, Francia, Italia, Finlandia y España, de los dos tradicionalmente más desarrollados y maduros de Latinoamérica, Argentina y Chile, y de uno de los países de la Europa del Este, Eslovenia, que además de pertenecer a la Unión Europea parece ser el que más fácilmente se ha integrado en todos los sentidos a la UE, parece incuestionable: hay un retorno hacia los valores más materialistas de búsqueda de seguridad económica y personal. Y hay que tener en cuenta que estos datos fueron recogidos en los diferentes países antes de que estallara la crisis financiera-económica de 2008, lo que significa que estaba ya en marcha un proceso de progresiva pérdida de seguridad personal y económica. En efecto, la seguridad personal parece haber disminuido como consecuencia de las amenazas que representan el terrorismo, el crimen organizado, la nueva delincuencia urbana procedente de bandas juveniles y no tan juveniles, el narcotráfico, etc. Y la seguridad económica ha disminuido igualmente como consecuencia de la reducción de la oferta de trabajo, que hace difícil la incorporación de los jóvenes menores de 30 años al mercado de trabajo, la permanencia en el empleo de los mayores de 50 años, y consecuentemente de la reducción de los salarios y en general del poder adquisitivo de las familias. En la actualidad no puede ya negarse que haya aumentado la inseguridad personal y económica, y que el Estado de Bienestar comience a reducirse en todos los países más desarrollados.

Parece pues que se cierra un ciclo. La primera fase, que ha durado alrededor de 19 siglos de nuestra era, caracterizada por una situación en la que la casi totalidad de las poblaciones en todo el mundo carecían de seguridad personal y económica, y en la que por tanto predominaron los valores materialistas. Una segunda fase, de modernización-industrialización caracterizada por un crecimiento económico prolongado, por el mérito y el esfuerzo —la motivación de logro de McClelland, 1961—, basada en el concepto de autoridad, pero una autoridad crecientemente legal-racional y no tradicional —muy vinculada a la religión. Una tercera fase de post-modernización o post-industrialización en la que la mayoría de la población de las sociedades más desarrolladas han tenido muy garantizada su seguridad económica y personal —debido al establecimiento del Estado de Bienestar—, lo que la permitió orientarse hacia unos valores post-materialistas, de auto-expresión y de emancipación, que han fomentado el individualismo en todas sus dimensiones, y que paralelamente ha reducido la importancia de la autoridad y de otros valores que caracterizaron la anterior fase. Y la cuarta fase, que parece estar surgiendo a partir del año 2000 aproximadamente, parece implicar un retorno hacia valores materialistas precisamente porque se han reducido significativamente los niveles de seguridad personal y económica, y en la que vuelve a darse cada vez más importancia al concepto de autoridad. Seguridad y autoridad recuperan progresivamente un lugar preferente en las prioridades de los individuos (Díez Nicolás 2007b).

La explicación del cambio de valores desde la teoría del ecosistema social

Resulta curioso constatar que desde la perspectiva teórica del ecosistema social y desde la perspectiva teórica del cambio en los sistemas de valores se llega a conclusiones muy similares, es decir, a la conclusión de que el aumento de las desigualdades, y por tanto el aumento de la inseguridad personal y económica, parecen conducir hacia mayores niveles de conflicto social y, consecuentemente, hacia nuevas formas de autoridad —y previsiblemente, de autoritarismo. Para ello parece necesario situarse de nuevo en los años precedentes y posteriores a la primera crisis del petróleo en 1973. Tanto el trabajo de Meadows (1972) como el de muchos otros informes (Council on Environmental Quality and Department of State

1980): insistían en la existencia de unas tendencias sociales de cambio acelerado a escala mundial que conducían a formular ciertas previsiones a corto y medio plazo (Díez Nicolás 1980) que se resumen a continuación:

En primer lugar, se constataba un alto crecimiento demográfico desde el final de la II Guerra Mundial que superaba todas las previsiones elaboradas previamente, y que no ofrecía síntomas de reducirse drásticamente en el corto o medio plazo; 2) este crecimiento demográfico estaba provocando una presión creciente sobre los recursos del medio ambiente, no solo por el incremento demográfico en sí mismo, sino por el incremento, en todo el mundo, del consumo de recursos físicos y naturales per capita; 3) debido a la creciente presión demográfica sobre el medio ambiente, se agotarían ciertos recursos, se encarecería su obtención, y se degradaría el medio ambiente en general; 4) al hacerse más escasos ciertos recursos, parecía inevitable que se produciría un cierto empeoramiento de la calidad de vida; 5) en esas condiciones, era esperable que los que ocuparan posiciones de mayor poder social procurarían mantener su acceso a los recursos escasos, en detrimento de los que tuviesen menores cuotas de poder, lo que previsiblemente contribuiría a incrementar las desigualdades socio-económicas entre países y dentro de cada país; 6) el incremento de desigualdades conduciría a un incremento de los conflictos sociales, latentes o manifiestos, entre países y dentro de cada país; 7) el incremento de los conflictos provocaría situaciones de ingobernabilidad en el ámbito internacional y en el nacional, lo que podría conducir, finalmente, a que los poderes establecidos tuvieran la tentación de recurrir a respuestas autoritarias como medidas «más eficaces» para resolver esas situaciones conflictivas. Resulta no sólo sorprendente, sino en cierto modo también muy preocupante, comprobar hasta qué punto se han ido cumpliendo estas previsiones.

En efecto, el crecimiento de la población ha sido acelerado a lo largo de la historia de la Humanidad, como consecuencia de la influencia de los otros tres elementos del ecosistema. Así, la población mundial, que puede estimarse en alrededor de 250 millones de habitantes a principios de la era cristiana, tardó 16 siglos y medio (1650 años) en duplicarse, debido a la alta mortalidad — apenas compensada por una muy alta natalidad—, que a su vez resultaba de la falta de movilidad de las poblaciones humanas, lo que

las impedía acceder con facilidad a recursos en otros lugares del planeta. Por tanto, a mediados del siglo xvii aproximadamente (1650) la población mundial ya era de 500 millones de habitantes. La revolución agrícola que se produjo en Europa en esos años, y la revolución industrial que se inició en ese mismo continente un siglo después, mejoró notablemente las posibilidades de supervivencia de la población mundial en todas partes —aunque mucho más, lógicamente, en Europa— a causa de la mejor alimentación y la mejor sanidad que resultaron de la investigación científica y los desarrollos en los transportes y las comunicaciones —que facilitaron el acceso a los recursos—, de manera que la población mundial volvió a duplicarse en sólo 200 años, llegando a los 1.000 millones en 1850. Continuaron las mismas tendencias, y sobre todo la continuada ampliación del medio ambiente a causa de las innovaciones en los transportes y comunicaciones, y en sólo 100 años la población mundial volvió a duplicarse, de forma que en 1950 había alcanzado ya los 2.000 millones de habitantes. Pero desde esa fecha el crecimiento demográfico fue aún más rápido, debido sobre todo al descenso de la mortalidad en todo el mundo, y la población mundial se triplicó en cincuenta años, alcanzando la cifra de 6.000 millones de habitantes en el año 2000. El crecimiento demográfico ha reducido su ritmo desde entonces —pasando de un 2% anual acumulativo a un 1,3% en la actualidad—, pero sigue siendo un crecimiento muy alto, por lo que se supone que podrá duplicar la población mundial en alrededor de 60 años.

La presión de esta población mundial sobre los recursos ha sido tan intensa durante las últimas décadas del siglo xx que todas las advertencias sobre las posibles amenazas que se cernían sobre el medio ambiente se están cumpliendo incluso en mayor medida de lo previsto. La comparación de las evaluaciones sobre la situación del medio ambiente en el mundo realizadas en la conferencia de Estocolmo de 1972, en el informe Brundtland, y en las conferencias de Río de 1992, de Tokio en 1994 y de Johannesburgo en 2003 demuestra que la situación global no sólo no ha mejorado, sino que empeora de forma acelerada, provocando pronósticos aún más pesimistas (Al Gore 2006) que los que se realizaban en plena primera crisis del petróleo (Commoner 1973). La desaparición de especies vegetales y animales, el agotamiento de ciertos recursos no-orgánicos, el cambio climático, el agujero de ozono, la desertización, la escasez de agua, son algunos de los signos más visibles del deterioro ambiental. Las amenazas sobre el medio ambiente que

la creciente industrialización en todo el mundo ha producido son ahora reales, incluida la posibilidad de acabar con toda forma de vida sobre la Tierra. Puede argumentarse que las sociedades industriales avanzadas han logrado un alto nivel de bienestar material debido a la aplicación de una tecnología de creciente complejidad y a unas organizaciones sociales y económicas muy elaboradas. Pero la aplicación de estas tecnologías complejas y de estas formas elaboradas de organización social, así como su diseminación a otras sociedades menos desarrolladas, ha creado serios problemas medioambientales por todo el planeta. De esta forma, puede afirmarse que el «éxito» en la industrialización ha conducido a consecuencias indeseadas, esto es, ha provocado amenazas reales sobre el entorno natural e incluso para la supervivencia de la humanidad en el planeta. Los valores post-materialistas, y en especial la preocupación por el medio ambiente, serían una respuesta colectiva a los cambios objetivos en el medio ambiente que han resultado de la expansión del proceso de industrialización en la mayoría de las sociedades, incrementando el bienestar material pero creando además serias amenazas a la supervivencia de la especie humana en su conjunto a través del cambio climático —que ya no es una quimera, sino una realidad— y de las armas de destrucción masiva.

Pero el cambio demográfico acelerado y su repercusión sobre el medio ambiente no son los únicos aspectos que fueron acertadamente pronosticados a finales de la década de los años 70, sino que las consecuencias que de ellos se derivaban parecen haberse cumplido también. Así, aunque es evidente que se han producido grandes innovaciones tecnológicas y científicas que mayoritariamente podrían calificarse como beneficiosas y que constituyen mejoras indudables de nuestro nivel y estilo de vida —aviones, trenes de alta velocidad, autopistas y auto-rutas en el ámbito de los transportes, televisión por satélite y por cable, telefonía móvil en el ámbito de las comunicaciones, descubrimientos y avances decisivos en el conocimiento del genoma y, en general, en el ámbito de la medicina, robótica e informática, y un muy largo etcétera—, no cabe duda que en muchos aspectos se ha producido un empeoramiento de la calidad de vida —droga, delincuencia, terrorismo, deterioro del medio ambiente físico-natural, masificación, congestión de tráfico, incremento de la pobreza, etc. Este empeoramiento de la calidad de vida tiene su origen, en muchas ocasiones, precisamente en el hecho de que más y más gente tiene acceso a disfrutar de ciertos estilos de vida

(Bennet 1976). En efecto, cuando ir a la playa en verano se generaliza se produce una masificación que, en última instancia, resta calidad a ese tipo de ocio; lo mismo puede afirmarse del tráfico durante los fines de semana, o de los desplazamientos para disfrutar del esquí, e incluso de la enseñanza y de cualquier tipo de actividad que requiera prestación de servicios, como la atención sanitaria. Todavía no hemos aprendido bien a incrementar la cantidad —el acceso a ciertos bienes y servicios para colectivos crecientemente numerosos— sin reducir la calidad. Es muy posible que los problemas derivados del cambio tan rápido a que se ve obligada la organización social para adaptarse a los retos de una población mundial que crece todavía a un muy alto ritmo y a un medio ambiente que está siendo esquilmo y deteriorado también de forma acelerada, lleven a crear problemas de ingobernabilidad y desorganización social crecientes, de manera que, como ya anunció Hirsh hace treinta años, se alcancen los límites sociales al crecimiento antes incluso que los económicos (Hirsh 1978).

Los hechos anteriormente descritos han provocado un incremento de las desigualdades socio-económicas entre países y dentro de cada país. Si se toma en cuenta el indicador económico por excelencia, la renta per capita, puede comprobarse que durante la década de los años 60, la Década del Desarrollo como fue denominada por las Naciones Unidas, las desigualdades entre países no aumentaron, pero a partir de la crisis del petróleo de 1973 las desigualdades han estado creciendo y a un ritmo acelerado. Así, la renta per capita de la región más rica del mundo en 1963 era 40 veces más alta que la de la región más pobre, y esa desigualdad se mantuvo prácticamente igual en 1973. Pero en 1983 esa «razón» entre la renta per capita de la región más rica y la más pobre era ya de 51 veces, de 91 en 1993, y de 103 veces en el año 2000. Los indicadores sobre diversos aspectos sociales y económicos que se publican anualmente por Naciones Unidas en su Informe sobre Desarrollo Humano demuestran una creciente desigualdad entre países desarrollados y menos desarrollados en casi cualquier dimensión que se compare. Pero numerosos trabajos de investigación e informes más o menos oficiales demuestran igualmente, en gran cantidad de países, que las desigualdades en renta y en el acceso a determinados bienes y servicios están aumentando y no disminuyendo. Incluso en el ámbito de los valores sociales se observa como los países ex-comunistas y la mayoría de los latino-americanos muestran un cierto

retroceso en sus valores post-materialistas durante la última década, mientras que los países más industrializados continuaron incrementando su nivel de post-materialismo (Inglehart y otros 2004).

El incremento de las desigualdades no es sino una consecuencia de la toma de conciencia de que no parece posible asegurar un crecimiento económico para todos y eternamente, y ello ha conducido a que los países desarrollados defiendan sus intereses y los de sus ciudadanos a costa de desatender las demandas de los países menos desarrollados, y a que dentro de cada país se observe una disminución de la movilidad social y, más bien al contrario, un incremento de la rigidez de la estratificación social, de manera que los méritos individuales vuelven a ser relegados y son sustituidos por las redes sociales familiares, políticas, de clase social, etc., que son las que facilitan el acceso a determinados status sociales. Pero lo más importante no es que las desigualdades sociales y económicas hayan aumentado y estén aumentando, sino que los individuos en todas partes son cada vez más conscientes de ese aumento, debido entre otras razones a los medios de comunicación y al incremento incesante de las posibilidades que las nuevas tecnologías de la comunicación —Internet y telefonía móvil— ofrecen a los individuos para interactuar entre sí. Como he podido señalar hace tiempo, en el mundo actual se ha producido una igualación en los «estándares de vida subjetivos» a los que aspiran individuos de clases sociales muy diferentes y de países con niveles de desarrollo muy distintos, pero subsisten grandes diferencias en sus «niveles de vida objetivos», lo que provoca frustraciones individuales y colectivas al tomar en cuenta las grandes disparidades que, para los de inferior condición socio-económica, implican la comparación entre estándar y nivel de vida. Esa creciente toma de conciencia incide, precisamente, en el posible aumento de conflictos sociales, latentes o manifiestos.

No parece necesario presentar muchos argumentos para defender la afirmación, pronosticada ya hace más de tres décadas, de que el incremento de las desigualdades entre países y dentro de cada país crearía mayores y más frecuentes situaciones de conflicto, abierto o latente. En el ámbito internacional es cierto que desde la II Guerra Mundial no ha vuelto a producirse una guerra mundial de esa magnitud, pero no es menos cierto que han proliferado y siguen proliferando guerras «de alcance medio», como las de Corea y Vietnam, la «guerra fría» contra los países de la órbita soviética,

las guerras de los Balcanes y los conflictos en diversas repúblicas islámicas ex-comunistas, la guerra en el Líbano, las guerras dentro y entre países africanos, los conflictos continuos entre Israel y Palestina, los conflictos en Oriente Medio en general, las diversas guerras en Afganistán, las diversas guerras en Irak, etc. Pero también han proliferado los conflictos internos en los distintos países, desde la ya lejana revolución del 68 en los países occidentales a los numerosos conflictos que se han producido en repúblicas ex-soviéticas, revoluciones en países latino-americanos y africanos, terrorismos nacionales, etc. No debe descartarse que entre las causas que explican el creciente terrorismo nacional e internacional haya que incluir la percepción de grandes desigualdades sociales y económicas (Díez Nicolás 2003b). Cuando la proporción de la población mundial que vive en países menos desarrollados ha pasado de constituir dos terceras partes a ser en el momento actual cuatro quintas partes, y cuando la percepción de esa desigualdad es ahora mucho más visible, y sobre todo, cuando las poblaciones afectadas llegan a la conclusión —acertada o equivocada— de que no pueden ya tolerar esas desigualdades ni tampoco pueden cambiarlas mediante el diálogo político, no resulta difícil comprender —pero no justificar— que algunos decidan romper las reglas del juego social y se lancen a cambiar la realidad de forma violenta.

Pero lo que más importa aquí al comparar los pronósticos de hace treinta años con la realidad actual y con el futuro previsible a corto y medio plazo es lo relativo a la aceleración del cambio en la población, el medio ambiente, y el incremento de las desigualdades sociales y económicas, y a la incidencia de esos aspectos sobre la aceleración del cambio en los sistemas de valores. El cambio en los valores, y de manera específica la preocupación actual por el medio ambiente, que es evidente en el emergente conjunto de valores post-materialistas, podría entonces ser explicado por los cambios objetivos en otros elementos del ecosistema, y más concretamente por las amenazas reales al medioambiente y a la supervivencia de la especie humana derivados de un proceso de industrialización con demasiado éxito que, paradójicamente, pretendía mejorar las condiciones de vida para la humanidad en todo el planeta, y que no parece claro si está empeorando o mejorando esas condiciones de vida. Esta parece ser la explicación de por qué la prioridad asignada a la protección del medio ambiente ha sustituido a la prioridad por el crecimiento económico, y la explicación,

que a continuación se desarrollará, de por qué la preocupación por el medio ambiente surge antes en los países más desarrollados y en los grupos sociales de más alto nivel: porque han sido los primeros en tomar conciencia de que el desarrollo económico puede conducir a una degradación ambiental de tal naturaleza que ponga realmente en riesgo a la Humanidad en su conjunto.

La historia de la Humanidad ha seguido una larga trayectoria partiendo de un gran número de comunidades humanas independientes por todo el planeta, comunidades que, mediante el desarrollo tecnológico y la creciente complejidad de sus organizaciones sociales, han ido agrupándose para formar nuevas estructuras comunitarias de mayor tamaño, de creciente diferenciación interna y creciente especialización exterior, y por supuesto, cada vez más interdependientes entre sí. El proceso de globalización actual, que en realidad ha estado produciéndose desde que el ser humano apareció sobre la Tierra, conduce hacia el último estadio en el proceso de expansión de los sistemas sociales, que eventualmente culminará en la formación de una sola comunidad global mundial que todavía está, sin embargo, muy lejos.

En resumen, si la teoría del post-materialismo parece haber tenido un gran acierto al señalar que el cambio de valores es en último término un cambio intergeneracional, la teoría del ecosistema social puede ayudarnos a comprender mejor por qué ese cambio de valores se ha centrado sobre todo en asignar una mayor prioridad a la conservación y protección del medio ambiente que al desarrollo económico. Falta por explicar, sin embargo, cómo se transmiten los nuevos valores dentro de cada sociedad y entre sociedades.

La Transmisión de los Sistemas de Valores

La teoría del post-materialismo parece ser útil para describir cómo se ha producido el cambio de valores en los procesos de modernización y post-modernización, y la teoría del ecosistema social parece poder ofrecer una explicación plausible de por qué uno de los valores centrales de la nueva orientación post-materialista, la protección del medio-ambiente, está sustituyendo en importancia a la preocupación por el crecimiento económico, que fue el valor central de la modernización. Pero la preocupación por el medio ambiente, aunque se iniciase de una forma visible en la década de los años 60, no es el valor predominante en todas las sociedades del mundo,

pues el crecimiento económico sigue siendo la principal preocupación en las sociedades menos desarrolladas, ni siquiera es el valor predominante entre todos los habitantes de los países desarrollados, pues el crecimiento económico sigue prevaleciendo entre los integrantes de las clases sociales menos favorecidas. La teoría centro-periferia desarrollada por Galtung para explicar el cambio de actitudes sociales (Galtung, 1964, 1976a y 1976b) parece ofrecer un marco teórico capaz de explicar cómo surgen las nuevas actitudes (y valores) y se difunden a través de la sociedad —y, por extensión, entre sociedades.

La primera cuestión, evidentemente, es la de definir qué es el «centro social» y qué es la «periferia social». Para Galtung, el centro social es el conjunto de posiciones sociales mejor recompensadas por la sociedad —incluyendo en el concepto de recompensas no sólo las económicas, sino también las de prestigio y poder, siguiendo una tradición ya secular en el pensamiento sociológico—, mientras que la periferia social sería lo contrario, es decir, el conjunto de posiciones sociales peor recompensadas —incluso rechazadas— por la sociedad. El concepto de «centro social» no debe confundirse, por tanto, con el de los estratos socio-económicos o las clases sociales altas, ni con «los ricos», aunque la condición socio-económica o la clase social formen parte de una de las dimensiones importantes de este concepto. Debe subrayarse que se habla de posiciones sociales, no de individuos, pues lo que importa son los «nichos», no los «ocupantes» de esos nichos en un momento determinado. Esta diferencia es importante porque hace referencia a la clásica diferenciación entre «status» —una propiedad del individuo— y «rol» —una propiedad del sistema, colectividad o grupo—, cuestión en la que la teoría «centro-periferia» coincide con la teoría del ecosistema, que al partir del axioma de que la interdependencia es absolutamente imprescindible para la supervivencia de la especie humana, adopta la comunidad ecológica —y no el individuo— como unidad de análisis, y por tanto se centra en las funciones que diferentes agrupaciones de individuos —categóricas o corporadas— realizan para el sistema. Cuando se define operativamente el concepto de posición social la diferenciación entre «centro» y «periferia» se hace mucho más comprensible. Así, parece evidente que las sociedades post-industriales actuales recompensan más —a igualdad de otros factores— a los que tienen mayor nivel educativo que a los que tienen un nivel educativo inferior, recompensan más a los que

realizan ocupaciones no-manuales que a los que desempeñan ocupaciones manuales, a los adultos que a los jóvenes o ancianos, etc. Por otra parte, debe también señalarse que el centro y la periferia sociales se refieren a los dos polos de un continuo en el que se distribuyen el conjunto de las posiciones sociales diversas que existen en cualquier sociedad, de manera que dentro del centro se puede diferenciar un grupo mucho más pequeño y «central» al que se puede denominar «núcleo que toma las decisiones», y en la periferia se puede igualmente definir una «extrema periferia» en la que se incluirían las posiciones sociales menos recompensadas o incluso rechazadas por la sociedad. Cuando un individuo ocupa una alta posición como gran magnate de la economía o de la política, por poner algún ejemplo, pasa a formar parte del centro social —incluso de un círculo mucho más restringido dentro del centro social—, pero cuando deja de ocupar esa alta posición en la economía o en la política deja igualmente de formar parte del centro social —o pasa a un nivel inferior dentro del centro social. En otras palabras, no son las peculiaridades del individuo como persona las que le hacen formar parte del centro social o de la periferia social, sino la posición que en cada momento ocupa en el sistema social (Díez Nicolás 1966).

El centro y la periferia difieren en muchos aspectos estructurales: 1) En primer lugar, en el centro encontramos un nivel alto de conocimientos, particularmente sobre políticas, mientras que en la periferia el grado de conocimiento es bajo, y no referido a las políticas. 2) Como consecuencia de su mayor nivel de conocimientos, el centro tiene más opiniones, especialmente sobre políticas, mientras que la periferia tiene menos opiniones. 3) Puesto que la evaluación de cualquier objeto social requiere un conocimiento previo sobre dicho objeto, y dado que el centro tiene acceso a los medios de comunicación de masas y algo que comunicar —por ejemplo, cogniciones, valoraciones, opiniones, actitudes, valores—, parece natural que la comunicación fluya principalmente —aunque no exclusivamente— desde el centro (iniciador) a la periferia (receptor). 4) el centro muestra un alto grado de participación social, manifestado a través de las comunicaciones secundarias —a través de la pertenencia a asociaciones, por ejemplo— o terciaria —medios de comunicación de masas—, mientras que en la periferia el nivel de participación es menor, manifestado fundamentalmente a través de las comunicaciones primarias —por ejemplo, la conversación interpersonal.

Como consecuencia de lo anterior, y puesto que el centro tiene acceso a los medios de comunicación y además tiene algo que comunicar — conocimientos, opiniones, valores —, es natural que el proceso de comunicación tienda a discurrir desde el centro a la periferia, aunque la periferia mantiene contactos con el centro a través de sistemas de comunicación más informales e interpersonales. Lo anterior no implica, sin embargo, que los nuevos valores sociales surjan siempre en el centro, lo que sí implica es que para que puedan difundirse por la sociedad tienen que ser adoptados por algún grupo del centro social — pues el centro social no es homogéneo más que en que agrupa a aquellos que ocupan posiciones sociales más recompensadas, pero puede y suele ser heterogéneo en su ideología y en otros valores y actitudes sociales, por lo que puede haber diferencias ideológicas en su seno — (Díez Medrano y otros 1989). Todo esto conduce necesariamente a plantearse el proceso mediante el cual se forman y transmiten las actitudes y valores sociales. Básicamente puede afirmarse que para que pueda haber una opinión (evaluación) sobre un objeto social parece necesario que previamente exista un conocimiento o percepción de ese objeto social. (Un individuo puede saber que existe Japón, y opinar sobre Japón, aunque no haya estado nunca allí, pero no podrá opinar sobre Japón si no sabe que existe un país así denominado). En este proceso se pueden diferenciar tres etapas: en la primera no existe conocimiento y por tanto tampoco existe evaluación. En la segunda etapa se adquiere el conocimiento o percepción del objeto social, pero no se tiene todavía una opinión (evaluación) sobre él mientras se reflexiona sobre el conocimiento que se tiene de dicho objeto social o se intenta adquirir un mayor y/o mejor conocimiento del mismo. En la tercera etapa se tiene ya una opinión (evaluación) del objeto social. Con frecuencia sin embargo este proceso lógico no lo es tanto, cuando se pervierte debido a que el individuo no reflexiona sobre el conocimiento que tiene del objeto social y acepta, junto con el conocimiento que adquiere de una fuente externa, una evaluación sobre el objeto social en cuestión. Esto es lo que ocurre con demasiada frecuencia en nuestros días con gran parte de la información que se recibe de los medios de comunicación, que junto con la información se adquiere asimismo la evaluación, sin que el individuo haga su propia reflexión y evaluación. Así pues, mientras que la periferia social se encuentra generalmente en la primera etapa, o incluso en la segunda, el centro social suele encontrarse en la tercera.

En consecuencia, las ideas nuevas se originan en el centro —o, alternativamente, aunque surjan en la periferia son adoptadas por el centro o algún segmento social del centro—, y de allí pasan gradualmente a la periferia, que las internaliza a lo largo de un cierto período de tiempo cuya duración puede ser más o menos larga según cual sea la intensidad de la comunicación y el contenido de la idea transmitida. En general, mientras el centro discute las nuevas ideas o valores nuevos la periferia no participa en esa discusión, y más bien permanece apática o al menos al margen, pero finalmente el centro lleva las ideas o nuevos valores a la práctica, creando incluso nuevas estructuras sociales, y es entonces cuando la periferia resistirá más o menos la introducción de esas nuevas ideas o valores —defendiendo el status quo precedente—, hasta que poco a poco la periferia comienza a internalizar lo que ya ha sido institucionalizado, mientras el centro comienza a buscar nuevas ideas o valores sociales. La periferia social, sin embargo, no siempre defiende el status quo, sino que sobre la base de ideas morales muy básicas —derivadas de la religión o de alguna ideología firmemente asentada en la periferia, o de intereses muy concretos que afectan a su propia supervivencia— defenderá el status quo o se lanzará a una revolución más o menos dirigida hacia un nuevo orden social.

Muchas de estas hipótesis han sido contrastadas empíricamente con éxito desde que fueron formuladas por primera vez (Díez-Nicolás, 1967; Galtung, 1976a; van der Veer, 1976; Díez Nicolás 2009c), y para los propósitos de esta investigación parecen proporcionar un intento coherente de explicación de por qué las sociedades más desarrolladas económicamente y los grupos sociales que han alcanzado niveles más altos de prosperidad son los que parecen haber interiorizado antes y más extensamente los nuevos valores post-materialistas. Los valores relativos al logro estuvieron presentes en los orígenes de la industrialización y el desarrollo económico, y formaron parte del sistema de valores que explicó el cambio desde una autoridad tradicional a una autoridad racional (Inglehart, 1997), pero la industrialización y el desarrollo económico a una escala global también produjo daños extensos e intensos en el medio ambiente mundial, algunos de los cuales pueden ser irreversibles o, al menos, tener efectos a largo plazo. Las sociedades industriales avanzadas —el centro social internacional, en este caso— y el centro social en cada una de estas sociedades, fueron los primeros en advertir los daños medioambientales de la industrialización,

lo cual explicaría el gradiente de orientaciones post-materialistas que han sido detectadas al comparar sociedades en diferentes niveles de desarrollo o diferentes estratos socioeconómicos dentro de sociedades concretas (Díez-Nicolás e Inglehart, 1994; Díez Nicolás 1999).

El centro social, sin embargo, no debería ser identificado con los más altos estratos socio-económicos, en la medida en que la riqueza es sólo una —aunque muy importante— de las distintas recompensas de una posición social dada. Es por esto por lo que el índice de posición social —que define un continuo centro-periferia— ha demostrado tener una mayor capacidad para predecir el post-materialismo que el usual índice de status socio-económico. El centro social, por otra parte, no es —y probablemente no podría ser— ideológicamente homogéneo, y es por ello que la posición social parece predecir mejor el post-materialismo que la ideología (Díez-Nicolás, 1992). El poder explicativo y predictivo de la posición social —como medida del centro-periferia en la sociedad— sobre el post-materialismo ha sido detectado repetidamente en un país concreto, España, cuyos resultados han permitido posteriormente ser confirmados a través de la comparación internacional.

En consecuencia, y a los efectos que aquí importan respecto a la transmisión de sistemas de valores, puede concluirse que tomando a los países como unidades de análisis se puede comprobar cómo los nuevos sistemas de valores se han transmitido desde el «centro» —países más desarrollados— a la «periferia» —países menos desarrollados. Y tomando a los individuos como unidades de análisis, se ha confirmado igualmente que, dentro de cada sociedad, los nuevos sistemas de valores se han transmitido desde el «centro» —los grupos sociales en mejores condiciones socioeconómicas— a la periferia —los grupos sociales más desfavorecidos. Existe abundante evidencia empírica para respaldar ambas afirmaciones, de manera que los valores post-materialistas están mucho más extendidos en los países más desarrollados que en los menos desarrollados, y están asimismo más presentes entre los individuos de alta posición social en cada sociedad que entre los de baja posición social.

Valores sobre la Inmigración

Contrariamente a lo que suele pensarse, los países desarrollados no son los que tienen mayor proporción de inmigrantes en relación con su población. Y tampoco son los países más desarrollados los que muestran mayor nivel de xenofobia ni de racismo. De acuerdo con la teoría del post-materialismo, el rechazo a los extranjeros es más propio de las sociedades menos desarrolladas, tradicionales, orientadas hacia valores materialistas, mientras que las sociedades post-industriales, más orientadas hacia los valores post-materialistas, suelen ser más tolerantes con el extranjero. Pues bien, los datos parecen confirmar esta afirmación.

Así, de acuerdo con el último informe de Naciones Unidas sobre International Migration, 2006, los 10 países con las tasas más altas de inmigrantes —inmigrantes por 100 habitantes— eran en esa fecha: los Emiratos Árabes Unidos (71,4%), Kuwait (62,1%), Singapur (42,6%), Israel (39,6%), Jordania (39,0%), Saudi Arabia (25,9%), Oman (24,4%), Suiza (22,9%), Australia (20,3%) y Letonia (19,5%).

De igual manera, y sobre la base de los datos procedentes de estudios internacionales comparados, parece evidente que las actitudes racistas y xenófobas son más frecuentes entre los habitantes de países menos desarrollados que entre los de países más desarrollados.

Los datos para España procedentes de casi una veintena de investigaciones anuales desde 1991 ponen igualmente de manifiesto que las actitudes xenófobas y racistas son más frecuentes entre las personas de inferior status socioeconómico e inferior posición social (Díez Nicolás 2005).

Los movimientos de población transnacionales han adquirido una creciente importancia en el panorama mundial, como lo demuestran las cifras que indican que alrededor de 200 millones de personas residen en un país distinto al que les vio nacer —una cifra que es solo un 20% inferior a la población total del mundo estimada para comienzos de la Era Cristiana. Las razones por las que se han producido estos masivos desplazamientos de población son muy diversas, como ha ocurrido siempre en la historia de la Humanidad, pero además de los ya tópicos factores de atracción («pull factors») y de expulsión («push factors»), o dicho de otro modo, además de las malas condiciones de vida y peores oportunidades vitales que ofrecen

los países de emigración y de las mejores condiciones y oportunidades vitales que ofrecen los países de inmigración, que incluyen no solo factores económicos, sino también políticos, religiosos, de libertades públicas, etc., hay otros factores que han hecho posible estas migraciones cuantitativamente tan importantes. Concretamente, es preciso referirse a los grandes y revolucionarios cambios que se han producido desde hace dos siglos en las tecnologías de los transportes y las comunicaciones, que han reducido la distancia ecológica —no la geográfica— al abaratar los costes de transporte y al reducir los tiempos de transporte, y que han facilitado el acceso a la información sobre las condiciones de vida en otros lugares del mundo. La radio, la televisión —y especialmente la televisión vía satélite—, los teléfonos —y especialmente los teléfonos móviles—, y más recientemente Internet, han hecho posible a las poblaciones de los países menos desarrollados conocer cuáles son las condiciones de vida en los países más desarrollados, lo cual puede haber tenido efectos muy diversos, pues si por una parte les ha informado de la existencia de otros lugares a los que emigrar para buscar mejores condiciones de vida y oportunidades, por otra parte ha provocado sentimientos de frustración-agresión hacia los que disfrutaban de esas mejores condiciones que a ellos les están vedadas.

Pero no debe olvidarse que los movimientos de población no se producen solamente desde los países menos desarrollados a los más desarrollados, sino que también se producen entre países desarrollados —como por ejemplo dentro de la Unión Europea—, y entre países menos desarrollados —como los que se producen con frecuencia entre países africanos. Por esta razón, países que son de emigración son también receptores de inmigrantes, pues en muchas ocasiones las poblaciones tienen que buscar refugio cruzando la frontera más próxima, aunque las condiciones económicas sean tan adversas como en el país que abandonan. Todas estas circunstancias favorecen el hecho de que en todos los países existan minorías procedentes de otros países, situación que provoca reacciones muy distintas en los diferentes países.

El análisis de los resultados de una investigación internacional llevada a cabo en 23 países, sobre actitudes hacia los extranjeros e inmigrantes realizada por el ISSP en 1995 (Díez Nicolás 2005), permite resumir a continuación algunas de sus principales conclusiones:

En primer lugar se observó que más de la mitad de los entrevistados en la casi totalidad de los países —y en muchos de ellos más de dos tercios e incluso más de tres cuartas partes— afirman que el número de inmigrantes en su país debería disminuir algo o mucho. En la mayoría de los países predominaba el desacuerdo con la afirmación de que la inmigración era buena para la economía del país. En nueve de los veintitrés países analizados más del 50% de los entrevistados estaban de acuerdo en que los inmigrantes quitaban puestos de trabajo a los naturales del país. España estaba entre los países en que predominaba la opinión (45%) de que los inmigrantes quitaban el trabajo a los nacionales —debe recordarse que en 1995 la tasa de paro en España era muy elevada—, pero una proporción importante (38%) estaba en desacuerdo con esa afirmación. En la gran mayoría de los países analizados predominaba la opinión de que la inmigración provoca un aumento de la criminalidad. Sin embargo, y a pesar de la creencia mayoritaria en los efectos negativos de la inmigración sobre el paro y la inmigración, la mayoría de los entrevistados se mostraba de acuerdo en todos los países en que los inmigrantes contribuían a que el país se abriese a nuevas ideas y culturas. En cuanto a los refugiados, la opinión mayoritaria en la inmensa mayoría de los países analizados era favorable a que se autorizase la permanencia en el país de los refugiados que son perseguidos en sus países de origen por razones políticas, religiosas o ideológicas. Otra cuestión muy distinta era la de los inmigrantes «sin papeles». En los diecisiete países en que se preguntó por los inmigrantes «sin papeles» más del 60% de los entrevistados se mostraron de acuerdo en que su país debería tomar medidas más duras para impedir su entrada. En resumen, los resultados de esta investigación realizada en 23 países, la mayoría de ellos europeos —occidentales u orientales—, pero con gran variedad de niveles de desarrollo económico, de sistemas políticos y de tradiciones culturales, parecían coincidir en que los países con actitudes más negativas hacia la inmigración eran en general los países del Este de Europa, posiblemente a causa de que solo desde hacía diez años habían comenzado a incorporarse a las economías de libre mercado y a los sistemas políticos de democracia parlamentaria. Por el contrario, los países más favorables a la inmigración eran los que mantenían políticas gubernamentales claramente favorables a aceptar mayores contingentes de inmigrantes, como Canadá y Nueva Zelanda, o con escasa experiencia de flujos importantes de inmigrantes y,

por el contrario, larga experiencia de emigración de sus ciudadanos hacia otros países, como era el caso de Irlanda o Filipinas, y en cierto modo también de Japón. El caso de España se acercaba más a estos últimos que a los primeros, en el sentido de que las actitudes de los españoles parecían más bien favorables que desfavorables a los inmigrantes, y sobre todo era el país menos desfavorable hacia los denominados «ilegales».

Los resultados de las encuestas de valores procedentes del Estudio Europeo de Valores y de la Encuesta Mundial de Valores para los años 1981, 1990 y 1995, en los que se comparaban un total de 21, 70 y 55 países respectivamente confirman las anteriores conclusiones. De manera más específica, se analizaban los resultados de una pregunta incluida en las tres oleadas, relativa a las personas que los entrevistados no desearían tener como vecinos. Se seleccionaron entonces los tres grupos sociales que interesaban más en relación con la inmigración: «personas de diferente raza», «personas de alguna minoría», e «inmigrantes o trabajadores extranjeros». La comparación de los españoles con los nacionales de los más de 70 países incluidos en los estudios de valores sugerían un menor grado de xenofobia y racismo que la mayoría, y eran coherentes con los resultados de las otras investigaciones realizadas solo en España. Concretamente, menos de un 10% de los españoles incluidos en las investigaciones sobre valores de 1981, 1990 y 1995 contestaban que no les gustaría tener como vecinos a personas de diferente raza, de alguna minoría, o inmigrantes o trabajadores extranjeros. En las encuestas de valores citadas se analizó también la actitud hacia los inmigrantes cuando se trata de si los puestos de trabajo deben ser para los inmigrantes o para los trabajadores del país receptor. Los datos anteriormente analizados demuestran que, aunque los españoles no culpan mayoritariamente a los inmigrantes de los niveles de paro, sostienen sin embargo actitudes proteccionistas, de manera que cuando se trata de dar un empleo a un nacional o a un extranjero incluso con alguna mayor calificación, la mayoría afirman que se le debe dar al trabajador español.

Los datos de las encuestas de valores eran también en este caso muy concluyentes. Con muy escasas excepciones más del 40% de los entrevistados en todas las sociedades en esas dos fechas estaban de acuerdo en que «cuando los empleos son escasos se debería dar prioridad en el

empleo a los del país sobre los inmigrantes». España se encontraba entre los países más proteccionistas, pues un 77% en 1990 y un 72% en 1995 se pronunciaban a favor de dar el empleo al trabajador español y no al inmigrante.

El análisis de los datos de las encuestas posteriores de 2000 y 2005 confirma plenamente los resultados anteriores, y además ha permitido demostrar sin ningún tipo de duda que cuanto mayor es el grado de post-materialismo en un país menor será su rechazo a los homosexuales, a los enfermos de SIDA, a los alcohólicos, a los musulmanes, a los inmigrantes y trabajadores extranjeros, a los enfermos mentales, a los drogadictos, a los de otra raza, a los gitanos, a los ex-presidarios y a los judíos. Este hallazgo es importante, pues demuestra que los países que, colectivamente, han asimilado en mayor medida los nuevos valores post-materialistas, parecen haber logrado asimismo bajos niveles de exclusionismo social, en la medida en que exhiben proporciones más bajas de individuos que considerarían molesta la presencia de ciertos grupos sociales como vecinos. Tomando a los individuos como unidades de análisis se comprueba asimismo que cuanto mayor es la orientación hacia los nuevos valores post-materialistas de un individuo menor es su exclusionismo social de cualquier grupo minoritario o marginal, tanto si se trata de inmigrantes como de otros grupos socialmente marginados.

Cabe preguntarse, sin embargo, cuál de los diferentes tipos de rechazo o exclusionismo social es, en cada país, el mejor indicador para medir el grado de exclusionismo en una sociedad. Para ello se ha elaborado un análisis de componentes principales en cada país, pero a los efectos que aquí interesan más, se ha centrado el análisis en los países que componen la Unión Europea. Lo primero que se ha podido descubrir es que no existe una pauta unívoca de ordenamiento de los diferentes componentes. Sobre la base de los datos disponibles para 24 de los 27 países de la Unión Europea se ha podido comprobar que el mejor predictor del nivel de exclusión social en un país es la actitud exclusionistas hacia musulmanes e inmigrantes. No obstante, el rechazo como vecinos a musulmanes parece ser el componente que mejor mide el exclusionismo social en los países de la Unión Europea, puesto que se encuentra entre los tres componentes con valores más altos en 19 de los 24 países. El rechazo a los inmigrantes se encuentra entre

los tres componentes principales en 17 de los 24 países, el rechazo a los de otra raza se encuentra en 13 países, el rechazo a los judíos en 12, el rechazo a los enfermos de SIDA en ocho, a los homosexuales en dos, y a los gitanos en uno. Debe subrayarse que lo anterior no significa que los musulmanes sean los más rechazados en la mayoría de los países, sino que el rechazo a los musulmanes es el mejor indicador en muchos países para medir el exclusionismo social. Y por esa misma razón, el rechazo a musulmanes, a los de otra raza, a los judíos y a los inmigrantes parecen ser los componentes principales en casi todos los países.

Para precisar algo más estas cuestiones, se midió el rechazo a los cuatro grupos sociales que, desde el punto de vista de la inmigración son más relevantes: personas de otra raza, inmigrantes y trabajadores extranjeros, judíos y musulmanes. Para ello se agruparon los 81 países de los que se disponía de datos en trece grupos, atendiendo a criterios de religión predominante o de cultura. El total de entrevistas fue de 118.520 personas.

De acuerdo con estos datos, los ciudadanos de países más desarrollados muestran unas actitudes menos exclusionistas que los de países menos desarrollados. En efecto, en los cuatro casos seleccionados, los que menos se molestarían por tener vecinos de otra raza, inmigrantes o trabajadores extranjeros, judíos o musulmanes, son los Anglosajones, los Europeos occidentales, tanto protestantes como católicos, y los latinoamericanos —que en definitiva pueden ser considerados herederos de la cultura europea-occidental-católica. Estos datos, por tanto, sugieren que la xenofobia, el racismo, el exclusionismo social, no solo no son patrimonio de los países más desarrollados, sino que más bien al contrario, parecen más frecuentes en los países menos desarrollados.

Una explicación posible sería, nuevamente, la de que tienen mayor peso las variables individuales como el nivel educativo y la orientación hacia los nuevos valores post-materialistas que las variables contextuales y estructurales como la religión o el área geográfica. En realidad estos datos confirman los resultados de España, país en el que se ha encontrado menor racismo y xenofobia en Comunidades como Madrid y Cataluña que en otras de menor desarrollo, aunque las primeras tengan mayor número de inmigrantes —en términos absolutos y relativos— que las segundas.

Los ciudadanos de cualquier región del mundo son proteccionistas de sus compatriotas a la hora de distribuir el empleo, pero también en este caso los ciudadanos de países desarrollados son menos proteccionistas que los de países menos desarrollados. Aunque todos son proteccionistas, como se ha indicado, los anglosajones, los europeos occidentales y los japoneses lo son en menor medida.

Todos los datos analizados sugieren, por tanto, unas actitudes más exclusionistas, limitadoras de la inmigración y proteccionistas entre los ciudadanos de países menos desarrollados que entre los de países más desarrollados.

Convergencia y Divergencia en los Sistemas de Valores de diferentes Culturas

Llegados a este punto, parece claro que los sistemas de valores son consecuencia de un conjunto de circunstancias, de un conjunto de variables en el medio ambiente natural y socio-cultural que favorecen o limitan el surgimiento de determinados sistemas de valores. La investigación comparada permite encontrar toda clase de ejemplos de convergencia y divergencia en los sistemas de valores, lo que sugiere que en este como en otros casos deben evitarse las grandes generalizaciones que no vayan acompañadas de toda clase de matizaciones y excepciones (Höfert y Salvatore 2000; Haller 2001; VVAA 2004).

Comenzando por España, el análisis del sistema de valores de las distintas generaciones a lo largo de más de veinte años (Díez Nicolás 2008) permite demostrar que la generación mayor —los nacidos entre 1907 y 1921— han mantenido y siguen manteniendo unos valores muy acusadamente materialistas y tradicionales —alta prioridad asignada a la seguridad personal y económica y a la autoridad tradicional—, pero cada generación se ha movido significativamente, por comparación con la generación precedente, hacia los polos post-materialista o de auto-expresión, y hacia los valores secular-racionales, hasta llegar a la generación de 1982-1996, caracterizada por un sistema de valores plenamente post-materialista, de valores de auto-expresión y emancipación, y enormemente secularizada y alejada de la tradición. Este cambio generacional, sin embargo, no ha excluido el hecho de que cada generación se ha movido, a lo largo de estos últimos 20 años, hacia los polos post-materialista y secular-racional,

si bien, como se ha indicado al principio, a partir del año 2000 parece observarse un nuevo cambio de retorno hacia los valores que dan prioridad a la seguridad personal y económica y recuperan el valor de la autoridad, cambio que es mayor entre las generaciones de más edad que entre las más jóvenes, pero que es perceptible en todas ellas. En consecuencia, puede hablarse de convergencia en el sentido de que todas las generaciones han ido cambiando hacia valores más post-materialistas hasta el año 2000, y de divergencia porque las generaciones más jóvenes han sido en cada fecha más post-materialistas que las generaciones mayores.

Por otra parte, y como consecuencia de lo anterior, y en relación con la inmigración, se ha podido verificar, sobre la base de casi una veintena de investigaciones anuales desde 1991, que la xenofobia y el racismo en España están directamente relacionados con la edad y el «derechismo» ideológico, e inversamente relacionados con el nivel educativo y con la orientación hacia los nuevos valores post-materialistas.

Y, siempre en el ámbito de la inmigración, un análisis comparado de un conjunto de valores familiares, religiosos, económicos y políticos, en el que se han comparado los valores de diversos grupos de inmigrantes en España —latinoamericanos, norteafricanos, sub-saharianos y europeos del Este— con los de sus respectivas poblaciones de origen y con los de la población receptora española, ha demostrado que buena parte de esos valores se encuentran más o menos a mitad de camino entre los de sus poblaciones de origen y los de la población española receptora, lo que sugiere un rápido proceso de integración social a pesar de que el promedio de años de estancia en España de los inmigrantes es muy corto. Esta investigación demostró asimismo que la integración parece más fácil en relación con los valores económicos y políticos, y algo más difícil respecto a los valores familiares y religiosos. Lógicamente, también, la integración social es más fácil para los latinoamericanos, seguidos de los europeos del Este, y algo más difícil para los norteafricanos y sobre todo para los sub-saharianos. Se trata de un ejemplo por tanto que muestra cierta convergencia en los sistemas de valores, aunque persisten ciertas divergencias lógicas (Díez Nicolás 2005). Un resultado similar se ha observado también en otros países europeos (Pettersson 2007).

Otro ejemplo de convergencia y divergencia procede de la teoría centro-periferia. Se ha podido verificar ampliamente que existe una muy fuerte

relación positiva entre posición social y la orientación hacia los nuevos valores post-materialistas, de manera que el «centro social» está más orientado hacia estos nuevos valores mientras que la periferia social está más orientada hacia los valores materialistas de seguridad y autoridad —con independencia de que tanto el centro como la periferia parecen estar volviendo hacia los valores materialistas. La relación entre posición social y valores post-materialistas se ha podido verificar para un gran número de países y por supuesto para España.

Pero en este caso se ha podido ir también más allá, y verificar que las elites de países desarrollados y países en vías de desarrollo comparten gran número de valores, y se diferencian de las no-elites en unos y otros países, de manera que mientras se observa una cierta convergencia de valores entre las elites de diferentes países, existe divergencia entre los valores de las elites y los de sus respectivas no-elites, siendo máxima la divergencia entre las no-elites de países desarrollados y las de países en vías de desarrollo. Además, la divergencia en los valores de las elites y las no-elites en los países en vías de desarrollo parece ser mayor que en la que se observa en los países desarrollados. Una vez más hay que indicar que la convergencia entre los valores de las elites de países desarrollados y de los que están en vías de desarrollo es más visible en lo que respecta a valores económicos y políticos que en los familiares y religiosos (Díez Nicolás 2007a).

Otro ejemplo es aún más importante y bastante concluyente. La pretendida homogeneidad de cada una de las «civilizaciones» enumeradas por Huntington no existe cuando se examina empíricamente, de manera que, sobre todo en el ámbito de los valores, existe más semejanza entre Marruecos y España que entre Marruecos y Bangladesh o Indonesia, aunque se trate de países islámicos (Díez Nicolás 2003a). Debe recordarse aquí que nada más producirse el atentado de las Torres Gemelas en septiembre de 2001 se popularizó la teoría (¿?) de Huntington sobre un bastante irremediable «choque de civilizaciones» que había sido publicada casi una década antes. Es importante señalar este hecho, porque a veces se piensa que el discurso sobre el supuesto «choque de civilizaciones» fue una consecuencia del 11-S-01, cuando en realidad las respuestas políticas-bélicas al 11-S-01 se justificaron con la «teoría» elaborada una década antes (Huntington 1993 y 1996). De manera bastante inmediata, y sobre la

base de los datos proporcionados por los estudios de valores (EVS-WVS) se puso de manifiesto la falacia de la «teoría» (¿ideología?) elaborada por Huntington (Díez Nicolás 2001a y 2003a; Norris e Inglehart 2003). En efecto, se demostró una vez más que las diferencias dentro de cada supuesta «civilización» son en general mayores que las diferencias entre «civilizaciones». Hablar en la actualidad del Islam, como si Bangla Desh y los Emiratos Árabes formaran un conjunto homogéneo es tanto como hablar de la Cristiandad para englobar en un conjunto homogéneo a Noruega y a Bolivia. Incluso dentro de un área tan aparentemente homogénea como es la Unión Europea se pueden observar diferencias significativas en muchos valores culturales. Los estudios basados en barómetros de opinión como el Euro-barómetro, el Latino-barómetro, el Afro-barómetro, el Asia-barómetro, el Arab-barómetro, y otros, demuestran que dentro de cada una de esas áreas existen grandes diferencias entre unos países y otros. Pero dentro de cada país se encuentran también diferencias significativas entre las distintas regiones, aunque la mayor parte de las diferencias que se suelen encontrar entre las mediciones promedio para cada país desaparecen cuando se comparan individuos y no territorios. Por ejemplo, volviendo a las actitudes hacia los inmigrantes, los datos de casi veinte investigaciones realizadas en España entre 1991 y 2007 demuestran que las aparentes diferencias en las actitudes racistas y xenófobas de las poblaciones en las diferentes Comunidades Autónomas desaparecen cuando se controlan un conjunto de variables socio-económicas relativas a la composición de la población de las distintas Comunidades Autónomas. Las aparentes diferencias entre unas Comunidades y otras, y generalizando aún más, entre unos territorios y otros, se deben más a las diferencias en su composición de la población —por edad, nivel educativo, renta, etc.— que al hecho de residir en un territorio o en otro.

La teoría elaborada en un principio por Fukuyama (1991) es aún más fácil de rechazar, puesto que ni todas las sociedades en el mundo han llegado a la economía libre de mercado ni a la democracia parlamentaria, y tampoco parece probable que vayan a lograrlo en un futuro más o menos próximo, entre otras cosas porque esos dos modelos de organización social —económica y política respectivamente— no es previsible que vayan a durar eternamente, como tampoco lo hicieron otras formas de organización económica y política

en el pasado. La reciente crisis financiera-económica internacional, y las críticas a los partidos políticos en todas las democracias clásicas parecen anunciar cambios que en cierto modo se están produciendo ya.

Pero, volviendo a las diferencias entre «civilizaciones» o «culturas», la investigación empírica demuestra que existen gran variedad de ejemplos de convergencia en los valores de unas y otras, y también de divergencias entre ellas (Díez Nicolás 2007c y 2009a). Pero es que los valores están igualmente cambiando dentro de cada una de esas «civilizaciones» o «culturas», como se pone de manifiesto al comparar países más o menos próximos al Mediterráneo (Díez Nicolás 2009b). Una vez más parece deducirse que las diferencias suelen ser mayores en lo que respecta a ciertos valores religiosos y familiares que respecto a valores económicos y políticos.

Todos estos resultados sugieren que existe un cambio de valores a largo plazo, que es el cambio generacional, basado en los distintos contextos de socialización, y otros cambios más coyunturales, como es el actual contexto de mayor inseguridad económica y personal. En la medida en que este cambio de contexto medioambiental, natural y social, persista — como se anticipó hace años basándose en las posibles consecuencias del cambio acelerado en los cuatro factores del ecosistema— ese cambio coyuntural se convertirá en generacional, en cambio a largo plazo.

En conclusión, los sistemas de valores están siempre en proceso de cambio, y lo que sí parece poder afirmarse es que ese proceso de cambio se ha ido haciendo crecientemente acelerado desde después de la Segunda Guerra Mundial como consecuencia de la aceleración del cambio en los otros tres factores del ecosistema social: en las estructuras demográficas, en el uso intensivo del medio ambiente, y en la tecnología. Y hay que recalcar que en gran medida esa aceleración del cambio debe atribuirse al acelerado cambio en la tecnología de los transportes y las comunicaciones. Por consiguiente, no debe esperarse una ralentización del cambio en las instituciones sociales y en los sistemas de valores mientras no se produzca una ralentización del cambio demográfico, del uso (y abuso) del medio ambiente, y de la tecnología. La gran pregunta es, ¿en qué elemento del ecosistema social se producirá el gran freno que provocará la ralentización del cambio en los otros elementos del mismo? ¿O no habrá freno y el ecosistema

social continuará en un proceso continuado de cambio crecientemente acelerado? Entre los frenos posibles al crecimiento y expansión acelerada del ecosistema social se pueden adelantar algunos como el crecimiento demográfico cero o incluso negativo, el envejecimiento de la población en todo el mundo, el cambio climático y el uso intensivo del medio ambiente natural, la crisis energética y su incidencia sobre el desarrollo tecnológico, pero también la creciente ingobernabilidad de las sociedades debido a la no-resignación de las clases sociales más desfavorecidas, a la persistencia de desigualdades en los niveles de vida objetivos y a la igualación de las aspiraciones y expectativas sociales, es decir, a la igualación en los estándares de vida subjetivos, generadores de frustración y conflictos sociales latentes o manifiestos.

La mayoría de los procesos de crecimiento tienen forma de **S**, caracterizados por lentas tasas de crecimiento al principio, cambio acelerado a la mitad del proceso, y cambio cada vez más pequeño al final, con dos posibles continuidades, o bien un gran cambio permite que surja una nueva **S**, o bien se produce el estancamiento o aún, peor, el crecimiento negativo. El futuro nos dirá cual ha sido la alternativa seguida.

Bibliografía

- Andrés Orizo, F. y J. Elzo, (eds.) (2000): *España 2000, entre el localismo y la globalidad. La Encuesta Europea de Valores en su tercera aplicación, 1981-1999*. Madrid: Editorial Santa María.
- Arts, W. y L. Halman (eds.) (2004): *European values at the turn of the millennium*. Leiden-Boston: Brill.
- Bennett, J.W. (1976): «Human ecology as human behavior», en I. Altman y J.F. Wohlwill (eds.): *Human Behavior and Environment*. New York: Plenum Press.
- Commoner, B. (1973): *El Círculo que se Cierra*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Council on Environmental Quality and Department of State (1980): *The Global 2000 Report to the President*. Washington D.C.: Government Printing Office. (Trad. Española: *El Mundo en el Año 2000*. Madrid: Tecnos. 1982).
- Díez Medrano, J. , B. García Mon y J. Díez Nicolás (1989): «El Significado de ser de Izquierdas en la España Actual», *REIS*, nº 45, enero-marzo, Madrid.
- Díez Nicolás, J. (1966): «Posición Social y Opinión Pública», *Anales de Sociología*, nº 2, Barcelona
- Díez Nicolás, J. (1967): «Social Position and Orientation Toward Domestic Issues in Spain», *POLLS*, Vol. III, nº 2, Amsterdam. (Traducido al español como «Posición Social y Actitudes sobre Cuestiones Nacionales en España», en *Sociología Española de los Años Setenta*, Confederación Española de las Cajas de Ahorro, Madrid, 1971).
- Díez Nicolás, J. (1980): «La España Previsible», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 12, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid. (Publicado también en Club Siglo XXI, *Fenómenos de Crisis y Futuro de España*, Vol. 1, Colección Nuestro Siglo, Unión Editorial, Madrid, 1981 y en *IOP-CIS, 25 Años de Sociología en España*, 1963-1988, Vol. II, CIS, Madrid, 1988).
- Díez Nicolás, J. (1982): «Ecología Humana y Ecosistema Social», en *Sociología y Medio Ambiente*, Centro de Estudios de Ordenación del Territorio y Medio Ambiente (CEOTMA), Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, Madrid. (Publicado también en Fundación MAPFRE, *Higiene Ambiental*, Madrid, 1984 y en S. del Campo (ed.), *Tratado de Sociología*, 2 vols., Taurus, Madrid, 1985).
- Díez Nicolás, J. (1988): «Conflicto Social y Ecosistema Social», en Juan del Pino (ed.), *El Conflicto Social*, Centro Asociado de la UNED en Málaga, Málaga.
- Díez Nicolás, J. (1992): «Posición social, información y post-materialismo». *REIS*, 57. Madrid. (Traducido al inglés en: «Social position, information and post-materialism». *REIS, English edition*, Madrid, 1996).
- Díez Nicolás, J. (1994): «Post-materialismo y desarrollo económico en España», en J. Díez Nicolás y R. Inglehart (comp.), *Tendencias Mundiales de Cambio en los Valores Sociales y Políticos*, FUNDESCO, Madrid. (Traducido al japonés en: COE, Japan, 2004).
- Díez Nicolás, J. (1995): «Post-materialism and the Social Ecosystem», *Culture within Nature*, UNESCO, París.
- Díez Nicolás, J. (1999): «Industrialization and concern for the environment», en N. Tos, P.Ph. Mohler y B. Malnar (Ed.), *Modern society and values: a comparative analysis based on ISSP project*. Mannheim: FSS-University of Ljubljana-ZUMA. (Traducido al español en: «Industrialización y preocupación por el medio ambiente», en F. Cruz Beltrán y E. Gualda Caballero (Comp.), *Huelva: Medio Ambiente y Sociedad*. Huelva: Editorial Grupo de Investigación Estudios Sociales e Intervención Social, 2000).
- Díez Nicolás, J. (2000): «La Escala de post-materialismo como medida del cambio de valores en las sociedades contemporáneas», en F. Andrés Orizo y J. Elzo, (eds.) *España 2000, entre el localismo y la globalidad. La Encuesta Europea de Valores en su tercera aplicación, 1981-1999*. Madrid: Editorial Santa María.

- Díez-Nicolás, J. (2001a): «Social Values, Social Change and Social Integration», paper presented at the Fourth International Forum on Urban Poverty (IFUP), Marrakech: United Nations.
- Díez Nicolás, J. (2001b): «El cambio de valores en las sociedades contemporáneas», en Salustiano del Campo (ed.), *Perfil de la Sociología Española*. Madrid: Editorial Catarata.
- Díez Nicolás, J. (2003a): «Two contradictory hypotheses on globalization: social convergence or civilization differentiation and clash», en R. Inglehart (ed.): *Human Values and Social Change*. Leiden-Boston: Brill.
- Díez Nicolás, J. (2003b): «Socio-Economic Causes and Consequences of Terrorism», en R. Ragaini (ed.), *International Seminar on Nuclear War and Planetary Emergencies*, Series Editor: A. Zichichi, World Scientific Publishing Co. Pte. Ltd. New Jersey-London-Singapore-Hong Kong.
- Díez Nicolás, J. (2004): *El dilema de la supervivencia*. Madrid: Obra Social Cajamadrid.
- Díez Nicolás, J. (2005): *Las Dos Caras de la Inmigración*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Observatorio Permanente de la Inmigración, Madrid.
- Díez Nicolás, J. (2007a): «Value systems of elites and publics in the Mediterranean: convergence or divergence», en Mansoor Moaddel, (ed.), *Values and perceptions of the Islamic and Middle Eastern publics*, New York: Palgrave Macmillan.
- Díez Nicolás, J. (2007b): «Violencia en la ciudad: entre la impunidad y la represión», en Eduardo Serra (coord.), *Violencia en la ciudad*. Madrid: Fundación Santander Central Hispano.
- Díez Nicolás, J. (2007c): «La Transformación de los Valores y el Sentimiento Religioso en la Región Asia-Pacífico», *Anuario ASIA PACIFICO 2006*, Fundación CIDOB, Casa Asia y Real Instituto Elcano.
- Díez Nicolás, J. (2007d): «¿Regreso a los valores materialistas? El dilema entre seguridad y libertad en los países desarrollados». Congreso de la Federación Española de Sociología, Barcelona.
- Díez Nicolás, J. (2008): «Values and generations in Spain», en Th. Petterson y Y. Esmer (eds.), *Changing values, persisting cultures*. Leiden-Boston: Brill.
- Díez Nicolás, J. (2009a): «Cultural Difference on Values about Conflict, War and Peace», en Yilmaz Esmer, Hans-Dieter Klingemann y Bi Puranen (eds.), *Religion, democratic values and political conflict*, Festschrift in Honor of Thorleif Pettersson, World Values Survey, Uppsala University.
- Díez Nicolás, J. (2009b): «The Role of Think Tanks in Developing Societies», *Nomads*, Euro-Mediterranean University Institute-Universidad Complutense, Madrid-Malta.
- Díez Nicolás, J. (2009c): «Some theoretical and methodological applications of Centre-Periphery Theory and the Social Position Index», en K. Van der Veer; A. Hartmann; H. Van den Berg (eds.), J. Díez-Nicolás, J- Galtung, H. Wiberg. *Multidimensional Social Science. An inclusive approach to social position and inequality*. Amsterdam: Rozenberg.
- Díez Nicolás, J. y R. Inglehart (eds.) (1994): *Tendencias mundiales de cambio en los valores sociales y políticos*, Madrid: FUNDESCO.
- Duncan, O.D. (1964): «Social organization and the ecosystem», en: R.E.L. Faris (ed.), *Handbook of Modern Sociology*. Chicago. Rand Mc Nally and Co.
- Duncan, O.D. and Schnore, F. (1959): «Cultural, behavioral and ecological perspectives in the study of social organization». *The American Journal of Sociology*, LXV: 132-153.
- Fukuyama, F. (1991): *The End of History and Last Man*, New York: The Free Press.
- Galtung, J. (1964): «Foreign policy opinion as a function of social position». *Journal of Peace Research*, 34: 206-231.
- Galtung, J. (1976a): «Social position and the image of the future», en H. Ornauer et al. (eds.), *Images of the World in the Year 2000*. París: Mouton.
- Galtung, J. (1976b): «The future: a forgotten dimension», en H. Ornauer et al. (eds.), *Images of the World in the Year 2000*. París: Mouton.
- Gore, Al (2006): *Una verdad incómoda*. Barcelona: Gedisa Editorial.

- Haller, M. (2001): «Europe and the Arab-Islamic World. A Sociological Perspective on the Differences and Mutual (mis-) Perceptions between Two Neighbouring Culture Areas», paper presented at the First International Conference on Social Sciences and the Development of Society, Kuwait University, Kuwait.
- Halman, L. (ed.) (2001): *The European Values Study: a third wave*. Tilburg: Tilburg University Press.
- Halman, L., R. Luijckx y M. van Zundert (eds.) (2005): *Atlas of European values*. Leiden: Brill y Tilburg University.
- Hawley, A.H. (1950): *Human Ecology*. New York: Ronald Press. (Traducido al español como *Ecología Humana*. Madrid: Tecnos, 1962).
- Hawley, A.H. (1966): *La Estructura de los Sistemas Sociales*. Madrid: Tecnos
- Hawley, A.H. (1986): *Human Ecology. A Theoretical Essay*. Chicago: The University of Chicago Press. (Traducido al español como *Teoría de la Ecología Humana*. Madrid: Tecnos, 1991).
- Hirsch, F. (1978): *Social Limits to Growth*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Höfert, A. y A. Salvatore (2000): «Beyond the Clash of Civilizations: Transcultural Politics between Europe and Islam», in A. Höfert and A. Salvatore (eds), *Between Europe and Islam: Shaping Modernity in a Transcultural Space*, Frankfurt: Lang.
- Huntington, S.P. (1993): «The Clash of Civilizations», *Foreign Affairs* 72(3): 22-49.
- Huntington, S.P. (1996): *The Clash of Civilizations and the Remaking of the World Order*, New York: Simon & Schuster.
- Inglehart, R. (1971): «The silent revolution in Europe: intergenerational change in post-industrial societies», *The American Political Science Review*, 65, 4:991-1017.
- Inglehart, R. (1977): *The silent revolution*. Princeton: Princeton University Press.
- Inglehart, R. (1990): *Culture shift in advanced industrial society*. Princeton: Princeton University Press. (Traducido al español como *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid: CIS, 1991. Prólogo de J. Díez Nicolás).
- Inglehart, R. (1997): *Modernization and postmodernization*. Princeton: Princeton University Press. (Traducido al español como *Modernización y posmodernización*. Madrid: CIS, 1998. Prólogo de J. Díez Nicolás).
- Inglehart, R., M. Basañez, J. Díez Medrano, L. Halman y R. Luijckx (2004): *Human Beliefs and Values*. México: Siglo XXI.
- Inglehart, R. y Ch. Welzel (2005): *Modernization, cultural change, and democracy*. Cambridge: Cambridge University Press. (Traducido al español como *Modernización, cambio cultural y desarrollo humano*. Madrid: CIS, 2006. Prólogo de J. Díez Nicolás).
- McClelland, D.C. (1961): *The Achieving Society*, New Jersey: D. van Nostrand Co
- Meadows et al. (1972): *The Limits to Growth*. New York: Universe Books
- Norris, P. y R. Inglehart (2003): «Islamic Culture and Democracy: Testing the “Clash of Civilizations” Thesis», en R. Inglehart (ed.): *Human Values and Social Change*. Leiden-Boston: Brill.
- Pettersson, Th. (2007): «Muslim immigrants in Western Europe: Persisting value differences or value adaptation», en M. Moaddel (ed) *Values and perceptions of the Islamic and Middle Eastern publics*, New York: Palgrave Macmillan.
- Pino, J. del y E. Bericat (1998): *Valores sociales en la cultura andaluza*. Madrid: CIS.
- Van der Veer, K. (1976): «Social position, dogmatism and social participation as independent variables», en H. Ornauer y otros (eds.), *Images of the world in the year 2000*. París: Mouton.
- V.V.A.A. (entre ellos J. Díez Nicolás) (2004): «Diálogo entre los Pueblos y las Culturas en el Espacio Euro-mediterráneo», (colaborador), *Informe del Grupo de Sabios creado por iniciativa del Presidente de la Comisión Europea*. Comisión Europea, Bruselas.

Gráfico 1
Índice de Post-materialismo, por país y oleada

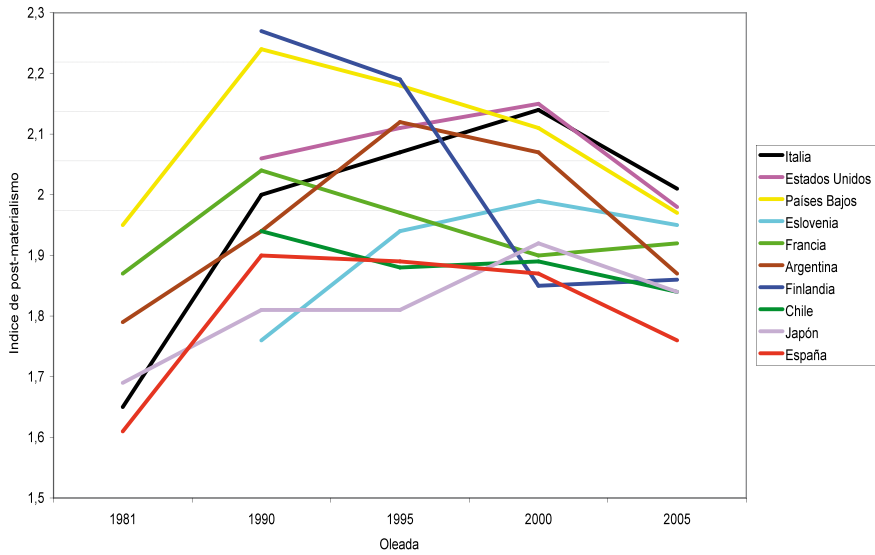
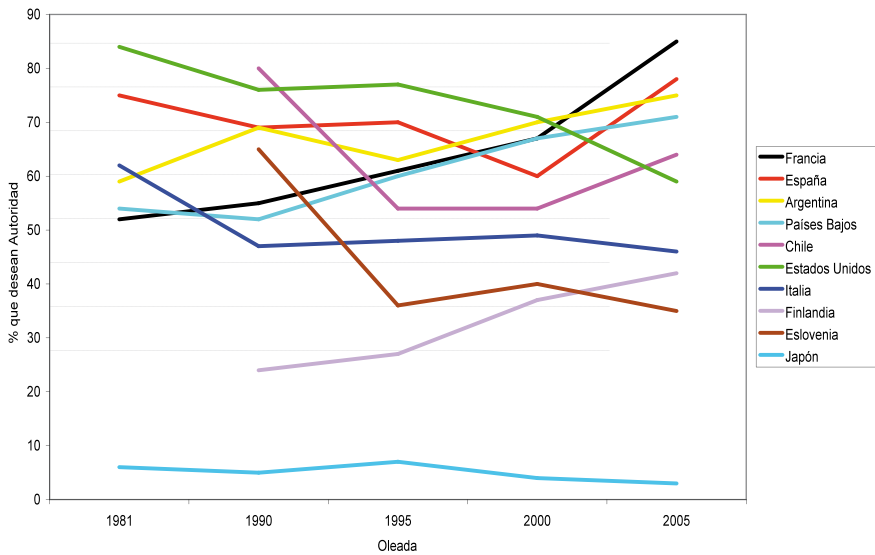


Gráfico 2
% que desean Mayor Respeto a la Autoridad, por país y oleada



Algunes publicacions dels conferenciantes

JUAN GOYTISOLO, PRESIDENT

- *Argelia en el vendaval*. Madrid: El País/Aguilar, 1994.
- *Paisajes de guerra con Chechenia al fondo*. Madrid: El País/Aguilar, 1996.
- *El peaje de la Vida. Integración o rechazo de la emigración en España*. Madrid, Aguilar, 2000.
- *Memorias*. Barcelona: Península, 2002.
- *España y sus Ejidos*. Madrid: Editorial Hijos De Muley-Rubio, 2003.
- *Estambul Otomano*. Barcelona: Península, 2003.
- *Contra las sagradas formas*. Madrid: Galaxia Gutenberg, 2007

CHÉRIF KHAZNADAR, MODERADOR

- (en col·laboració amb Jean Duvignaud): «La Musique et le monde», A: *Internationale de l'imaginaire*. París: Babel, Maison des Cultures du Monde, 1995.
- (en col·laboració amb Jean Duvignaud): *Atlas de l'Imaginaire*. París: Favre, 1996

GEORGES CORM

- *Le Proche-Orient éclaté (1956–2005)*. París: Gallimard/Histoire, 2007.
- *Orient-Occident, la fracture imaginaire*. París: La Découverte, 2002.
- *L'Europe et l'Orient : de la balkanisation à la libanisation. Histoire d'une modernité inaccomplie*. París: La Découverte, 1998.
- *Le Liban contemporain. Histoire et société*. París: La Découverte, 2005.
- *Histoire du pluralisme religieux dans le bassin méditerranéen*. París: Geuthner, 1998.
- *Le Nouveau Désordre économique mondial*. París: La Découverte, 1993.
- *Une histoire du Moyen-Orient*. París: La Découverte, 2007.
- *La Question religieuse au xxi^e siècle. Géopolitique et crise de la post-modernité*. París: La Découverte, 2006.

JUAN DIEZ NICOLAS

- *Identidad Nacional y Cultura de Defensa*. Madrid: Síntesis, 1999.
- «Spaniards Long March Towards Europe», *South European Society and Politics*, 8, 2003.
- *El Dilema de la Supervivencia. Los españoles ante el Medio Ambiente*. Madrid: Obra Social de Caja Madrid, 2004.
- *Las Dos Caras de la Inmigración*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales, 2005.
- *La Transformación de los Valores y el Sentimiento Religioso en la Región Asia-Pacífico*, Anuario Asia Pacífico, 2007.

FAWAZ A. GERGES

- *El viaje del Yihadista, dentro de la militancia musulmana*. Barcelona: Libros de Vanguardia, 2007.
- *The Far Enemy: Why Jihad Went Global*. Nova York: Cambridge University Press, 2005.
- *America and Political Islam: Clash of Cultures or Clash of Interests?* Nova York: Cambridge University Press, 1999.
- *The Superpowers and the Middle East: Regional and International Politics, 1955-1967*. Boulder: Westview Publishers, 1994.

FRED HALLIDAY

- *Arabs in Exile, The Yemeni Community in Britain*. Londres: I.B. Tauris, 1992.
- *Rethinking International Relations*. Londres: Macmillan, 1994.
- *From Potsdam to Perestroika, Conversations with Cold Warriors*. Londres: BBC News and Current Affairs Publications, 1995.

- *Islam and the Myth of Confrontation*. Londres: I.B. Tauris, 1996.
- *Revolution and World Politics: The Rise and Fall of the Sixth Great Power*. Londres: Macmillan, 1999.
- *Nation and Religion in the Middle East*. Londres: Saqi, 2000.
- *The World at 2000: Perils and Promises*. Londres: Palgrave, 2001.
- *Two Hours That Shook the World. September 11 2001, Causes and Consequences*. London: Saqi, 2001.
- *The Middle East in International Relations. Power, Politics and Ideology*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.
- *100 Myths About the Middle East*. Londres: Saqi Books, 2005.
- *Shocked and Awed, Dictionary of Words and Phrases Occasioned by 9/11*. Londres, I.B.Tauris, 2009.
- *Language and Politics in the Middle East*. Londres: Saqi, 2009.
- *Britain's First Muslims*. Londres: I.B.Tauris, 2009.
- *Introduction to International Relations*. Londres: Palgrave/Macmillan 2009.

GILLES KEPEL

- *Terreur et martyre. Relever le défi de civilisation*. París: Flammarion, 2008.
- *Du jihad à la fitna*. París: Bayard/BNF, 2005.
- *The roots of radical Islam*. Londres: Saqi, 2005.
- *Jihad: The trial of political Islam*. Londres: I. B. Tauris, 2004.
- *The war for muslim minds: Islam and the West*. Cambridge: Mass/Londres: Belknap Press, 2004.
- *Fitna : guerre au coeur de l'islam : essai*. París: Gallimard, 2004.
- *Bad moon rising: A chronicle of the Middle East today*. Londres: Saqi, 2003.
- *Jihad: expansion et déclin de l'islamisme*. París: Gallimard, [2000], edición revisada el 2003.
- *La Revanche de Dieu : Chrétiens, juifs et musulmans à la reconquête du monde*. París: Le Seuil, [1991], 2003.
- *Chronique d'une guerre d'Orient* (automne 2001). Brève chronique d'Israël et de Palestine, (avril-mai 2001). París: Gallimard, 2002.
- *Allah in the West: Islamic movements in America and Europe*. Oxford: Polity, 1997.
- *À l'Ouest d'Allah*. París: Le Seuil, [1994], 1996.
- *El faraon i el profeta*. Trad. de María Isidra Mencos. Barcelona: El Aleph Editores, 1988.
- *Les banlieues de l'islam. Naissance d'une religion en France*. París: Le Seuil, 1987.
- *Le Prophète et le Pharaon. Aux sources des mouvements islamistes*. París: Le Seuil, 1984.

JEAN- PAUL MARTHOS

- *Journalisme international. Un manuel pour étudiants en master de journalisme*. De Boeck Université, Collection Info Com, 2008, 279 pages
- *La liberté sinon rien. Mes Amériques de Bastogne à Bagdad*, Éditions GRIP/Enjeux Internationaux et locaux : Bruxelles, 2008.
- *Et Maintenant le Monde en Bref. Les Médias et le Nouveau Désordre Mondial*, Éditions GRIP/Complexe : Bruxelles, 2006.

Col-laboracions en obres col-lectives

- «11-M: miradas de los medios ante el terrorismo global (22-06-2004)», A: *Globalización y medios de comunicación*. Madrid: la Casa Encendida, 2007, pp. 21-26.
- «Prevención y seguridad en el marco global ¿Son posibles todavía los derechos humanos?», A: *La seguridad preventiva como nuevo riesgo para los derechos humanos*. Madrid: Alberdania, 2006, pp. 59-70.
- «Algunas carencias del movimiento pro derechos humanos», A: *Consejo de Derechos Humanos: oportunidades y desafíos*. Bilbao: Deusto, 2006, pp. 67-74.
- «Una mirada sobre el movimiento a favor de los derechos humanos», A: *La protección internacional de los derechos humanos en los albores del siglo XXI*. Bilbao: Universidad de Deusto, 2004, pp. 801-826.
- «Comunicarse en un mundo globalizado», A: *Globalización, crisis ambiental y educación*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deportes, Subdirección General de Información y Publicaciones, 2002.

Per adquirir-los o per a qualsevol informació adreceu-vos a:

Universitat d'Estiu d'Andorra

Ministeri d'Educació i Cultura
Govern d'Andorra
Av. Rocafort, 21-23, Edifici El Molí
AD600 Sant Julià de Lòria
Principat d'Andorra

Tel. (376) 743 300
universitat_estiu@govern.ad
www.universitatestiu.ad

*Les conferències de la XXV Universitat d'Estiu d'Andorra
—textos en format PDF— estan disponibles en el web.*